



# ESTUDIO DIMENSIONAL DE LA PERSONALIDAD MADURA

A. FIERRO; V. CARDENAL  
*Universidad de Málaga*

## Resumen

Se presenta un estudio sobre la personalidad sana en adultos: 785 mujeres y 764 hombres, en edades entre los 30 y los 60 años. En ellos se han estudiado diferentes variables presuntamente relacionadas con el constructo de personalidad sana: pensamiento racional, autoestima, ajuste marital, identidad personal. Estas variables han sido estudiadas también en relación con otras circunstancias personales: edad, nivel cultural y social, y balance de las experiencias vitales significativas recientes. Los resultados han confirmado las relaciones esperadas entre las variables del constructo, que ha emergido como un patrón coherente de diferencias individuales en ambos sexos, aunque más coherente en las mujeres que en los varones.

## Abstract

A dimensional study on healthy adult personality is reported. 785 women and 764 men (age from 30 to 60) were studied on some variables that are supposedly related to the construct of healthy personality: rational thinking, self-esteem, marital adjustment, personal identity. These variables have been studied also in relation to other personal circumstances: age, social and cultural level, and balance of recent relevant experiences. The results have confirmed the expected relations between variables of the construct, that has emerged as a coherent pattern of individual differences in both genders, though more coherent in women than in men.

## Introducción

La noción —en cierto modo, ideal, arquetípica— de personalidad sana tiene su origen en la psicología clínica y en la psicoterapia. Han sido los psicólogos clínicos, principalmente en su práctica terapéutica, quienes se han interesado en establecer qué es eso de «personalidad sana», o, más bien, en identificar indicadores de la que no lo es: de la personalidad que necesita de tratamiento psicológico. La psicología —y no sólo la psicología clínica— ha definido mejor la conducta psicopatológica que la conducta sana; y, en consecuencia, la caracterización menos equivocada de la personalidad sana es meramente negativa: la que no presenta conductas consideradas psicopatológicas.

Desde la psicología clínica, sin embargo, se han hecho algunas caracterizaciones positivas de la personalidad sana. Freud (1929) señalaba como meta y finalidad de la terapia —una finalidad equivalente no sólo a fin, a término, sino a curación y a salud psíquica— el restablecimiento de la capacidad de

trabajo y de goce, de amor gozoso, satisfactorio, lo que constituye una formulación perfectamente aceptable también fuera del psicoanálisis y sin necesidad de asumir previamente las premisas de éste. También propone otras caracterizaciones —como el paso del material inconsciente a la conciencia, o la superación de las resistencias y de la represión— que, en cambio, están demasiado vinculadas a la teoría psicoanalítica como para poder ser acogidas en otro marco teórico o terapéutico. Para Fromm (1947), el distintivo de la personalidad sana y madura es la orientación productiva: la capacidad de amar productivamente, con un amor capaz de suscitar reciprocidad, y de trabajar o actuar de una forma también productiva, creativa. No es muy distinto lo que propone Reich (1976), cuando al carácter neurótico, que le sirve de prototipo de los caracteres patológicos, contraponen el «carácter genital», indicador de madurez, que, a su entender, se manifiesta en la elasticidad y fluidez de un comportamiento erótico genital y heterosexual.

La literatura clínica, como ya puede advertirse en

los párrafos precedentes, suele realizar un fácil deslizamiento de la personalidad «sana» a la personalidad «madura». Sin embargo, no hay que presumir la equivalencia entre ellas. La noción de personalidad madura parece denotar algo más completo y complejo que la de personalidad sana. Son también diferentes los puntos de vista desde los cuales se formulan estas dos nociones. Mientras desde el punto de vista clínico de la psicopatología lo oportuno es hablar de conducta y personalidad sana, por oposición a la patológica, desde un enfoque todavía —por lo general— clínico, pero de marco teórico humanista o personalístico, está indicado comprometerse un poco más y se prefiere describir las características positivas y propias de la personalidad madura. La madurez en la persona incluye un comportamiento sano, pero parece incorporar un componente decisivo de calidad o (relativa) excelencia: una personalidad relativamente completa, realizada, desarrollada en las potencialidades del ser humano y en las potencialidades individuales propias.

Los atributos de la personalidad madura son semejantes en los distintos modelos de orientación humanista y personalista. A partir de un acercamiento fenomenológico y biográfico, Maslow (1968) ha presentado a la persona autorrealizada o autoactualizada como creativa, centrada en los problemas, aceptadora de sí misma, de los demás y de la naturaleza, desprendida, autónoma, con sentido del humor, capaz de experiencias cumbre o vivencias inmediatas del ser. Una concepción así de la persona madura, autorrealizada, evidentemente trasciende mucho, desde luego, los meros límites de una personalidad sana. Los trasciende igualmente el modelo de «llegar a ser uno mismo», de Rogers (1959), para quien la finalidad no sólo del proceso terapéutico, sino de todo proceso de maduración personal, es llegar a «convertirse en persona», en personalidad plena e integral: persona abierta a la experiencia, que vive en la cercanía de los propios sentimientos, se acepta a sí misma y acepta a los demás, a la vez que confía en sí misma y en los demás. Es de interés recordar aquí que uno de los fundadores de la psicología de la personalidad, Gordon Allport, relacionó estrechamente la teoría de la personalidad con el modelo de personalidad madura. De principio a fin de su obra, Allport (1937, 1963) presenta reiteradamente la personalidad madura con las características de: extensión del yo, del sentido y del proyecto de vida, capacidad de autoobjetivación, de introversión veraz y de humor, y con una filosofía o cosmovisión unificadora de la vida.

La noción de personalidad madura, por otro lado, presenta connotaciones evolutivas. También de un niño o de un adolescente cabe decir que manifiesta una conducta y una personalidad sana, e incluso que muestra la madurez correspondiente a su edad. Sin embargo, los modelos personalistas de «convertirse en persona» y de «autorrealización» se refieren de manera típica a la realización de los adultos. La exploración de la personalidad madura, en todo caso, ha de atender a los procesos y fenómenos de

desarrollo humano, en particular a los que son propios de la edad adulta.

La psicología evolutiva, sobre todo en el enfoque del ciclo vital, se ha ocupado de algunos aspectos evolutivos en la edad adulta, pero principalmente de aspectos cognitivos (García Madruga y Carretero, 1985) y de comportamiento social (como puede apreciarse en la compilación de Smelser y Erikson, 1980). Fuera de éstos, el desarrollo de la personalidad en la edad adulta permanece poco conocido. Su conocimiento, además, es de naturaleza predominantemente clínica.

El enfoque teórico dimensional de la personalidad —con su habitual herramienta metodológica del análisis correlacional de las variables constituyentes de las diferencias individuales— apenas se ha aplicado al estudio de la personalidad sana o madura. Importa comenzar por señalar que, previsiblemente, son varias, no una sola, las dimensiones relevantes de la personalidad sana (Fierro, 1984a). Por otro lado, evidentemente, no todas las variables de diferencias personales son pertinentes para este estudio. Muchas de las dimensiones o características diferenciales de personalidad no presentan una connotación psicopatológica y de madurez mental; son ortogonales respecto al eje bipolar en cuyos extremos están, respectivamente, las conductas psicopatológicas y la salud psíquica. Otras dimensiones, en cambio, son claramente pertinentes a ese eje: por uno de los polos del continuo dimensional en que consisten se aproximan a la madurez, mientras por el otro penetran en el ámbito del comportamiento disfuncional y patológico. Neuroticismo, ansiedad, depresión, simplicidad cognitiva, dogmatismo y rigidez son ejemplos, entre otros, de dimensiones diferenciales que no son indiferentes respecto a conducta y personalidad sanas. Una hipótesis plausible —y cuya suposición de base la depara precisamente el constructo de personalidad sana— es que en tales dimensiones, extendidas entre un polo positivo, valorado, deseable y otro negativo, tendencialmente —y en el límite— patológico, se darán patrones claros de covariación, de asociación. De hecho, entre algunas de ellas, como neuroticismo y autoestima, o depresión y ansiedad (Fierro, 1986a; González, 1991), se han hallado correlaciones significativas consistentes de unos estudios a otros, y de signo, respectivamente, negativo y positivo, en investigaciones realizadas, por lo general, con adultos, lo que permite bosquejar un cierto patrón de las asociaciones de las características psicopatológicas en la edad adulta. Pero, más allá del mero interés de comparar y detectar asociaciones entre determinadas variables presumiblemente pertinentes al continuo de madurez personal, tiene interés adentrarse en la lógica del constructo de personalidad sana a partir del estudio correlacional de diferentes dimensiones cuyo patrón de covariación contribuye a perfilarlo. Desde el punto de vista correlacional, la noción de personalidad sana y/o madura, aunque originariamente clínica, podrá llegar a aparecer como un constructo, cuya validez resulta de la convergencia, expresada en términos correlacionales, de aquellas variables diferenciales de bipolaridad

marcada —en positivo y en negativo, respectivamente— en su acercamiento a una supuesta personalidad sana y, por el otro extremo, a las patologías.

El presente estudio es el primero de un programa de investigación encaminado a hacer emerger y validar, desde un enfoque correlacional, el patrón y constructo de personalidad sana —y madura, en sentido evolutivo— en sujetos adultos. Por supuesto, el mismo enfoque resulta aplicable a niños, adolescentes o personas ancianas. Pero el momento evolutivo es tan importante en orden a definir no ya sólo la madurez de autorrealización, sino incluso los parámetros de la conducta sana, que sería imprudente la ambición de combinar en una sola empresa este programa de investigación, ya suficientemente complejo, con el no menos complejo estudio del ciclo vital.

El universo de las variables de personalidad marcadas respecto a salud mental/psicopatología es demasiado extenso como para poder ser, todo él, explorado de una vez. Su exploración sólo puede emprenderse por parcelas, en aproximaciones sucesivas al constructo de personalidad sana. Así que el presente estudio se limita a explorar tres variables de personalidad que son pertinentes y que se hallan marcadas desde el punto de vista que nos ocupa: la autoestima, el pensamiento racional y el ajuste y satisfacción marital. La elección de estas variables no ha sido arbitraria. Pertenecen a diferentes conjuntos de características diferenciales de personalidad: la autoestima tiene un importante componente evaluativo y afectivo; el tipo de pensamiento, racional o irracional, es una variable cognitiva; y el ajuste y satisfacción marital lo es de comportamiento social. Con ello se han escogido variables pertenecientes a tres ámbitos importantes en las dimensiones de personalidad: el afectivo y evaluativo, el cognitivo y el comportamental y social. Estos ámbitos, por lo demás, pudieron quedar representados en otros tipos de variables. La elección de la autoestima y del pensamiento racional se ha debido a preferencias personales y al deseo de aprovechar con ellas la experiencia investigadora previa de los autores (Cardenal, 1991; Fierro, 1986a, 1986b). La variable de ajuste y satisfacción marital ha sido escogida, entre otras posibles variables afines, al restringir —por razones que en seguida se exponen— la población objeto de estudio a personas que conviven de forma estable con su pareja.

Dichas variables de personalidad han sido estudiadas en mujeres y hombres adultos, en edades de los 30 a los 60 años. La acotación de este tramo de edad ha sido para dejar claramente, por un lado, la juventud tardía y primera adultez, marcada todavía por problemas sentimentales y laborales característicos de la transición a la edad plenamente adulta, y, por otro, la tercera edad, cuya situación evolutiva y social es ya también muy diferente.

El tramo de edad considerado es lo bastante amplio como para interesar un enfoque evolutivo, en el que el atributo de madurez de la persona recoja el desarrollo en la vida adulta. Por eso, a las tres dimensiones mencionadas, y cuyo habitual estudio en

psicología de la personalidad responde a un enfoque estructural, sincrónico, se ha añadido una cuarta variable, por la que se aborda alguno de los aspectos estrictamente diacrónicos, evolutivos de la personalidad madura, entendida ahora como personalidad adulta. Para incorporar una variable de esas características, era preciso asumir las hipótesis de alguna teoría evolutiva. En concreto, se ha elegido el marco teórico de Erikson (1968), que describe el progreso de madurez de la persona a través de ocho estadios sucesivos de la identidad personal. Es éste un modelo evolutivo basado, principalmente, en la observación clínica, en el análisis transcultural y en una interpretación teórica global de estudios empíricos, pero cuyos enunciados no han sido cruzados —que nosotros sepamos— con resultados de investigaciones empíricas en patrones de personalidad. Tratándose de una población adulta, parecía pertinente indagar los estadios adultos de la identidad personal, según el modelo de Erikson, examinando si la progresión a través de ellos se relaciona de modo positivo con las variables de autoestima, pensamiento racional y satisfacción marital.

Aunque un paradigma clásico de investigación en personalidad sana se aplica a explorarla por contraste con la personalidad psicopatológica, el presente estudio no ha procedido así. Ha procedido de acuerdo con la lógica de la covariación, y no de la comparación entre grupos extremos o entre categorías dicotómicas. Por eso, los sujetos evaluados han sido, todos ellos, personas sin problemas psicopatológicos graves. Por consiguiente, lo que el estudio puede llegar a encontrar son asociaciones entre las variables de personalidad en una población presumiblemente sana, no patológica.

Por otro lado, aunque hubiera sido de interés introducir la variable del género de vida, en solitario o en pareja —e incluso la clase de pareja, homo o heterosexual—, esta variable no ha sido traída a la presente investigación, que se limita a personas emparejadas de forma estable, en matrimonio o fuera de él, situación ésta, la de institucionalización matrimonial o emparejamiento libre, que sí, en cambio, ha sido incorporada al análisis. La contraposición entre vida en solitario y vida en pareja, y mucho más la de relación homosexual frente a la heterosexual, son demasiado importantes en sí mismas como para merecer ser estudiadas en investigación independiente.

Las referidas variables de personalidad presumiblemente se relacionan con otras circunstancias personales de naturaleza física y social: de edad, sexo, nivel económico y nivel cultural, circunstancias seguramente, todas ellas, pertinentes, aunque carezcamos a veces de evidencias empíricas para señalar la previsible dirección de sus relaciones con dimensiones de la personalidad sana.

Por último, aunque no en un último lugar de importancia, es razonable postular que sean relevantes las circunstancias biográficas o de acontecimientos: la «historia» de las personas, lo que efectivamente les acontece, presumiblemente influye o se relaciona con las características diferencia-

les de la persona. Esta historia, en términos de magnitud global de acontecimientos y también de balance entre los acontecimientos positivos y los negativos, está recogida en el estudio como variable estimular o de situación, que afecta a la persona: no es, en rigor, una dimensión o característica diferencial de la personalidad. Su estatuto en el diseño es el de una variable antecedente situacional, que se presume influyente en —o asociada con— las variables de personalidad propiamente dichas.

El estudio ha tenido una marcada intención exploratoria y no estrictamente confirmatoria. Esto no quiere decir que se haya emprendido sin hipótesis. El claro signo de la asociación que era de esperar entre las variables de personalidad estudiadas, variables que están claramente situadas respecto al eje de comportamiento sano/psicopatológico, permitía formular las principales hipótesis. A su vez, el modelo de desarrollo de Erikson daba lugar a predecir una relación positiva entre tales variables y la progresión en la identidad personal. Era, en fin, de esperar una asociación entre todas ellas y el balance positivo de los acontecimientos de la historia personal. Así que éstas son las hipótesis y predicciones que han guiado al estudio y que en él se han puesto a prueba:

1. Las variables o características diferenciales de personalidad (autoestima, pensamiento racional, satisfacción marital), a las que se presume formar parte de la personalidad sana, aparecerán significativamente correlacionadas entre sí.

2. Esas variables correlacionarán también positivamente con la progresión en la identidad personal.

3. La progresión en la identidad personal correlacionará de manera significativa con la edad biológica.

4. No la magnitud total de experiencias significativas acontecidas a los sujetos, pero sí el balance positivo de las mismas, correlacionará significativamente con las variables de personalidad y con la progresión en la identidad personal.

Para el resto de las variables no se han hecho predicciones específicas. No hay razones para presumir que, por comparación con las mujeres, los varones tengan mayor satisfacción marital, más pensamiento racional, mejor autoestima o identidad más madura. Tampoco se realizan predicciones de ese género respecto al nivel socioeconómico. Cabe esperar alguna asociación entre el nivel cultural y alguna variable de personalidad, en particular el pensamiento racional, pero como esta expectativa se funda en la verosimilitud intuitiva más que en fundamentos empíricos o teóricos, tampoco, en rigor, puede ser tomada como hipótesis, sino como mera conjetura para explorar.

## Método

### Sujetos

Los sujetos han sido 1.549 personas, 764 varones y 785 mujeres, todos ellos comprendidos entre los 30

y los 60 años, personas que en el momento del estudio tenían convivencia con una persona del otro sexo. Aunque, en rigor, no ha habido una estratificación formal en la selección de los sujetos, se ha procurado que estuviera equilibrado el número de sujetos de distintas edades, así como de distintos niveles culturales. La tabla 1 presenta la distribución de estos sujetos por edades y por niveles.

TABLA 1

### *Distribución por edades y por nivel cultural*

Edad	Número	Porcentaje
Entre 30 y 39 años	747	48 %
Entre 40 y 49 años	395	25,7 %
Entre 50 y 59 años	407	26,3 %
Total	1.549	100 %

  

Nivel cultural	Número	Porcentaje
Licenciatura universitaria	316	20,3 %
Diploma universitario	314	20,3 %
Formación profesional	355	22,9 %
Graduado escolar	443	28,6 %
Sólo escolaridad	122	7,8 %
Total	1.549	100 %

Los sujetos han sido personas que vivían en pareja, pero no han sido estudiadas las dos personas integrantes de una pareja. El interés del estudio no se ha centrado en la percepción recíproca que dentro de la vida de pareja tienen las personas. En la sospecha de que el conocimiento de que el cónyuge o compañero iba a responder a los mismos cuestionarios pudiera inducir o fortalecer sesgos habituales en este tipo de cuestionarios, en particular el sesgo de deseabilidad social, y perjudicar, en consecuencia, a la objetividad de las respuestas, cada sujeto ha sido informado de que a su pareja no se le hacía el estudio.

## Procedimiento

La aplicación y recogida de cuestionarios ha sido hecha por alumnos colaboradores, de último curso de Psicología, en grupos de dos alumnos. Cada pareja de alumnos los aplicaba a 20 personas. Los cuestionarios eran cumplimentados por los sujetos de manera individual y los colaboradores aclaraban, en caso necesario, el contenido de los ítems.

## Variabes e instrumentos

Como variables biológicas de las personas se han tomado en cuenta la *edad* y el *sexo*. Como variables sociales se han recogido las de:

a) Nivel socioeconómico (*nivel social*), valorado en una escala de intervalos, como dimensión continua, a partir de ciertos indicadores (ingresos, características de la vivienda, del vehículo familiar, etc.)

b) *Nivel cultural*, categorizado de acuerdo con los estudios académicos terminados, en escala de cinco puntos, que a efectos de análisis requiere ser considerada como ordinal, pero que también, para simplicidad en el análisis correlacional, ha sido tomada como escala de intervalos.

La variable de *acontecimientos significativos* ha sido evaluada de acuerdo con la escala de Holmes y Rahe (1967), que es propuesta por los autores como indicadora de acontecimientos estresantes, pero que en el presente estudio ha sido tomada como operacionalización de experiencias y eventos que han tenido significación en la vida de las personas. En esa escala, además, siguiendo la sugerencia de algunos autores (véase Pearlin, en Smelser y Erikson, 1980), ha parecido oportuno distinguir la calidad afectiva de los distintos acontecimientos significativos. En efecto, no es lo mismo, no constituye experiencia de igual signo y no produce el mismo género de estrés un acontecimiento no programado y de carácter negativo, tal como la muerte de un ser querido, un accidente o una separación conyugal, que un acontecimiento positivo y, además, quizá, explícitamente programado y deseado, como es el nacimiento de un hijo, el matrimonio o el ascenso en el puesto de trabajo. Puede presumirse que no el monto total experiencias, sino el balance positivo de las mismas, es lo que se asocia con las variables de personalidad estudiadas. En consecuencia, de la citada escala se han extraído dos valores distintos:

a) Monto total de acontecimientos significativos a lo largo de los dos últimos años. Se ha puntuado este monto total de acuerdo con las especificaciones y ponderaciones de ítems de los autores de la escala (*total*).

b) Balance de los acontecimientos significativos. Este valor se ha obtenido computando, por una parte, el monto total ponderado de acontecimientos juzgados positivos por el sujeto y detrayendo de él el monto total ponderado de los acontecimientos juzgados negativos (*balance*).

Como variables propiamente de personalidad se han estudiado:

a) La *autoestima* de los sujetos, evaluada con la escala de 68 ítems de Butler y Haig (1954) en la versión castellana preparada por Fierro (1984c), y cuya puntuación positiva se toma como indicativa de una autoestima básica de carácter general.

b) El tipo de *pensamiento racional*, frente a irracional, evaluado de acuerdo con la escala de 12 ítems de pensamientos irracionales de Ellis y Grieger (1987).

c) El ajuste y *satisfacción marital*, que se evalúa con la escala de ese nombre, de diez ítems de Lazarus (1981).

d) Madurez en la *identidad personal*. Esta variable, que responde al modelo de estadios de Erikson, ha sido evaluada con un cuestionario de ocho enunciados (véase en anexo), elaborado por los autores a partir de la descripción que de los estadios de la identidad personal ofrece Erikson. En un formato de respuesta de elección forzosa, a los sujetos se les presentaban ocho ítems, cuatro de los cuales son representativos de los niveles cinco a ocho de identidad personal según Erikson, y los otros cuatro son representativos del fracaso o del bloqueo para alcanzar esos niveles. Los sujetos tenían que elegir los dos enunciados con los que se sentían más identificados y excluir aquellos otros dos más alejados de su situación. La elección de identificación o desidentificación, según el carácter positivo o negativo de los enunciados y también según el nivel de desarrollo evolutivo al que pertenecen, quedaba computada en una escala continua, que a efectos estadísticos ha sido tratada como una escala de intervalos.

## Resultados

No había hipótesis específicas acerca de las diferencias entre mujeres y varones en las variables de personalidad, ni tampoco en la de acontecimientos significativos. Los resultados obtenidos en estas variables, en cuanto a diferencia entre los sexos, tienen, por consiguiente, valor descriptivo y no confirmatorio de relaciones postuladas explicativas. La

TABLA 2  
*Diferencias entre sexos*

	Mujeres (N = 785)		Varones (N = 764)		p <
	Media	Des. tip	Media	Des. tip.	
Pensamiento racional	5,33	2,89	6,06	2,75	0,000
Balance de experiencias	22,64	13,47	22,93	13,76	n.s.
Satisfacción marital	31,10	6,91	31,94	6,31	0,01
Autoestima	48,06	9,49	49,46	10,07	0,005
Estadio de identidad	37,16	9,03	33,79	9,00	0,2

tabla 2 presenta las diferencias entre sexos para todas las variables, en términos de las respectivas medias, desviación típica y, en su caso, valor de probabilidad del contraste de medias. Aunque en bastantes casos la diferencia de medidas resulta significativa, la significación se debe a la magnitud de los grupos y es difícil atribuirle, para cada variable, una interpretación con sentido inequívoco en el marco de la teoría. En todo caso, a falta de hipótesis teóricas, de la significación estadística en la diferencia de las variables, tomadas una a una, no puede extraerse una significación psicológica.

Tampoco había formalmente hipótesis previas acerca del estado civil de las personas y de su posible relación con otras variables, en particular con la de ajuste y satisfacción. En su gran mayoría, los sujetos estudiados estaban casados. Un grupo importante, pero minoritario, vivía de manera estable en pareja heterosexual, sin matrimonio. La comparación entre ambos grupos (que no vale la pena reflejar en tabla) no depara diferencias significativas para el nivel de ajuste y satisfacción marital.

Las expectativas e hipótesis del estudio han sido comprobadas en un análisis correlacional. También la variable de nivel cultural, con cinco valores posibles, y que, en puridad, debería analizarse como variable ordinal, ha sido tratada como variable continua e incorporada a ese análisis en aras de la sencillez. La tabla 3 expone la matriz de correlaciones entre todas las variables continuas estudiadas. En ella están no sólo las variables propiamente de personalidad, sino también la de acontecimientos significativos, en su doble valor, absoluto y de balance, y otras variables, como edad y niveles cultural y socioeconómico.

Las correlaciones halladas entre las variables de personalidad permiten identificar un patrón de asociaciones entre los polos positivos de todas ellas. Se trata de una asociación a menudo significativa en términos estadísticos, pero cuyo valor correlacional absoluto es relativamente bajo. Pocas de las correlaciones son superiores a 0,30: así, la autoestima con los pensamientos racionales y con la satisfac-

ción marital. De las variables de personalidad estudiadas, la autoestima es la que presenta mejores lazos con las demás. El nivel de madurez en la identidad personal correlaciona también con un valor superior a 0,30 con el balance de experiencia.

La comparación de las correlaciones del total de experiencias significativas y del balance de las mismas con otras variables pone de manifiesto que este balance se asocia mejor que el total con el resto de las variables. En consecuencia, pone de manifiesto la oportunidad de corregir el planteamiento de Holmes y Rahe (1967) en el sentido de no tomar los acontecimientos en su intensidad absoluta e indiscriminada y de obtener, en cambio, el valor de balance entre los acontecimientos positivos y los negativos. Incidentalmente, y aunque esto no corresponda a hipótesis o expectativas formales, la variable de madurez en la identidad personal ha aparecido asociada a mejor balance en las experiencias de acontecimientos significativos, y no con su monto total, que no correlaciona ni con la madurez, ni tampoco con la edad. Por otro lado, hay que señalar las correlaciones bajas, pero negativas y estadísticamente significativas, entre la edad y dos variables indicadoras de felicidad o bienestar: la satisfacción en la convivencia marital y el balance de experiencias.

Aunque, por el tamaño de la población, la variable de madurez en la identidad tiene correlaciones significativas con otras variables, los valores absolutos de la correlación son muy bajos. El único relativamente alto, de 0,32, es con el balance de experiencias. Dicha madurez, por otro lado, ni siquiera correlaciona con la edad, lo que contradice el modelo de Erikson, que supone que se adquiere con los años y que no hay retrocesos de un estadio a otro anterior. Pero, evidentemente, la falta de relación con la edad también podría atribuirse a falta de validez del instrumento con que se intentó evaluar la madurez en la identidad personal.

De la matriz de correlaciones se desprenden otras asociaciones que, al no haber estado previstas en las hipótesis del estudio, han de tomarse como meramente descriptivas. Así, la edad correlaciona con

TABLA 3  
Correlaciones entre variables

	Edad	Nivel cult.	Nivel soc.	Exp. total	Exp. bal.	Sat. mar.	Auto-est.	Identidad
Nivel cultural		-0,33*						
Nivel social		-0,17*	0,47*					
Total de experiencias		-0,02	0,03	0,07				
Balance de experiencias		-0,13*	0,07	0,08	0,35*			
Satisfacción marital		-0,12	0,13*	0,11*	-0,02	0,04		
Autoestima		-0,07	0,11	0,12*	-0,06	-0,03*	0,37*	
Pensamiento racional		-0,21*	0,07	0,13*	-0,04	0,09*	0,19*	0,34*

\*  $p < 0,001$ .

TABLA 4

Correlaciones entre variables en mujeres y varones

	Edad	Nivel cult.	Nivel soc.	Exp. total	Exp. bal.	Sat. mar.	Auto-est.	Iden-tidad
Nivel cultural		-0,44 -0,25						
Nivel social		-0,22 -0,13	0,47 0,44					
Total de experiencias		-0,03 -0,02	0,07 -0,02	0,07 0,07				
Balance de experiencias		-0,13 -0,12	0,12 -0,02	0,12 0,09	0,33 0,36			
Satisfacción marital		-0,20 -0,04	0,20 0,05	0,15 0,04*	0,02 -0,06	0,06 0,02		
Autoestima		0,09 -0,06	0,15 0,06	0,15 0,07	-0,01 -0,09	0,03 -0,07	0,41 0,33	
Pensamiento racional		-0,24 -0,20	0,30 0,22	0,14 0,07	-0,03 0,12	0,10 0,08	0,20 0,17	0,36 0,31

En cada casilla, aparece arriba la correlación correspondiente al grupo de mujeres (N = 785) y abajo la del grupo de varones (N = 764).

los pensamientos irracionales: a mayor edad, más pensamiento irracional. Diferentes explicaciones alternativas pueden darse a este fenómeno: entre ellas seguramente sobresale el hecho de que la edad correlaciona también negativamente con el nivel cultural. La edad presenta una correlación negativa y significativa, aunque débil, con el balance de experiencias: con la mayor edad, ese balance se hace más desfavorable.

Se han comparado los patrones de correlaciones en el grupo de varones y en el de mujeres (véase tabla 4). Los valores de correlación son ligeramente más altos en las mujeres. Es un hallazgo no previsto en las hipótesis, y sobre el que, por tanto, no parece procedente efectuar los correspondientes contrastes de significación estadística. De momento, y para el presente estudio, es un resultado no predicho y que sólo cabe recoger en su valor heurístico, para orientar hipótesis en posteriores investigaciones. Posiblemente es un hallazgo con potencial alcance teórico, si, a través de otros estudios, llega a mostrarse que las mujeres presentan un perfil de asociaciones más coherente que los varones.

## Discusión y conclusiones

El patrón de asociaciones previsto entre las distintas variables de personalidad se ha confirmado en las correlaciones significativas encontradas, pero en grado bastante débil, aunque, por lo general, con mayor intensidad en las mujeres que en los hombres. Con excepción de la autoestima, que aparece superando en algo el típico techo de 0,30, que, como Mischel (1968) oportunamente señaló, suele hallarse en las correlaciones de variables de perso-

nalidad, las otras variables han mostrado correlaciones significativas, aunque en valores absolutos muy bajos, lo que manifiesta una indudable, pero débil, asociación. De todas formas, la mejor asociación de la autoestima con otras variables podría deberse a que ha sido la única variable de personalidad medida con una escala extensa (68 ítems), mientras las otras lo han sido mediante cuestionarios breves (8 a 12 ítems). En la futura prosecución del estudio del patrón de variables de personalidad sana, aparte de la posible y necesaria consideración de otras variables, será conveniente volver a examinar algunas de las mismas contempladas ya en este estudio, pero a través de cuestionarios o escalas de mayor longitud.

En particular, la brevedad del cuestionario con el que se ha evaluado la situación de los sujetos dentro del curso evolutivo de la identidad personal posiblemente explica las débiles correlaciones de esta variable, escasamente relacionada con la satisfacción de ajuste marital, con la autoestima y con los pensamientos racionales. Resulta extraño, sobre todo, que en ella no aparezca correlación con la edad. Esto se halla en completa contradicción con el supuesto de Erikson de que los estadios se suceden los unos a los otros a lo largo de los años, un supuesto que forzosamente debería traer correlación positiva entre edad y estadio de identidad.

El estatuto de la variable de los acontecimientos significativos es de variable antecedente respecto a variables de personalidad, pero puede también ser considerada como consecuente a ellas. Puesto que el pensamiento racional es pensamiento de adaptación a la realidad, resulta razonable conjeturar que es capaz de contribuir a modificar el balance de las experiencias, aunque sólo sea por la posibilidad de anticiparse a ellas y de evitar algunos de los aconte-



cimientos más indeseables. Igualmente, el grado de ajuste y satisfacción marital, aunque se refiera al momento presente, ha podido estar en el origen de anteriores acontecimientos positivos o nocivos.

Las variables físicas (edad, sexo) y sociales (nivel social, nivel cultural) han mostrado asociaciones con alguna variable de personalidad obviamente relacionada (por ejemplo, el nivel cultural con los pensamientos racionales), pero, en general, no parecen asociadas significativamente con las variables de personalidad.

Quizá el hallazgo más interesante, tal vez justo por no buscado, no postulado, es el de que las mujeres presentan un patrón correlacional más coherente que los hombres, con valores más altos de correlación entre las variables que se presumen pertinentes para la personalidad sana. Es un hallazgo que será preciso replicar en otros estudios que formalmente lo incorporen entre sus expectativas e hipótesis por confirmar y, a ser posible, con variables diferentes de las aquí exploradas.

---

## ANEXO

### Evaluación de la madurez en la identidad personal

Para evaluar el grado de madurez en la identidad personal se utilizó una lista de ocho frases, las cuales están entresacadas de textos de Erikson acerca de los estadios quinto a octavo de evolución de la identidad. Cuatro de las frases (positivas, indicativas de progresión en la identidad personal) consisten en la formulación positiva de lo más característico de cada uno de esos estadios; y las otras cuatro (negativas, indicadoras de bloqueo o fracaso en esa progresión) enuncian la situación típica del malogro en alcanzar el correspondiente estadio.

En un formato de elección forzosa, en esta lista los sujetos han de escoger las dos frases que mejor representan los propios sentimientos y conciencia actuales acerca de sí mismo, y excluir las otras dos que menos los reflejan. La puntuación en esta lista se realiza adjudicando 10 puntos para cada enunciado positivo escogido o cada enunciado negativo rechazado. A esa puntuación básica se añade otros puntos ponderados en relación con el nivel de estadio positivo asumido.

La lista era presentada a los sujetos como sigue:

#### Encuesta

Las frases recogidas a continuación están tomadas de conversaciones de personas adultas con psicólogos. Son muy ilustrativas tanto de los problemas, cuanto de las esperanzas y de los proyectos de mujeres y hombres en la vida adulta. «Por favor, señale con una cruz las dos frases que mejor le reflejan en este momento y tache, en cambio, aquellas otras dos que se alejan más de lo que actualmente es su vida:

1. «Tengo claro lo que soy y lo que quiero hacer, tengo fe en ello.»
2. «Quiero que algo de mi vida sea en beneficio de otros, de los hijos o de los jóvenes de mañana.»
3. «Veo ahora con desesperanza que la vida es muy corta, que tengo los años contados, y que no conseguiré realizar la mayoría de mis sueños.»
4. «Me siento aislado y solo. No hay nadie con quien tenga una verdadera intimidad.»
5. «Me veo estancado, como si el tiempo no hubiera pasado en los últimos años, como si no hubiera sucedido nada.»
6. «Estoy tan unido a las personas que quiero que apenas pienso en mí, sino en nosotros.»
7. «He aprendido que todo en la vida es relativo, también mi propia vida, que amo mucho, que no deseo perder, pero que sé y acepto que terminará un día.»
8. «No sé qué hacer de mi vida y no tengo nada a qué agarrarme.»

---

#### Referencias

- Allport, G. W. (1963, 1974). *Pattern and Growth in Personality*. New York, Barcelona: Holt, Rinehart and Winston, Herder.
- Allport, G. W. (1937, 1974). *Personality: A Psychological Interpretation*. *Psicología de la personalidad*. Nueva York, Buenos Aires: Holt, Rinehart and Winston, Paidós.
- Butler, J. W. y Haig, G. V. (1954). Changes in the relation between self-concepts and ideal concepts consequent upon client-centered counseling. En: C. R. Rogers y R. F. Dymond (Eds.), *Psychotherapy and Personality Change*. Chicago: University of Chicago Press.
- Cardenal, V. (1991). *La autoestima en adolescentes: un estudio sobre su estructura, modificación y diferencias entre sexos*. Málaga: Universidad de Málaga (tesis doctoral).
- Ellis, A. y Grieger, R. (1987). *Manual de terapia racional*. Bilbao: Desclée de Brouwer.
- Erikson, E. H. (1968, 1980). *Identity. Youth and Crisis. Identidad. Juventud y crisis*. Nueva York, Madrid: Norton, Taurus.
- Fierro, A. (1984a). Dimensiones de la personalidad sana. *Revista de Psiquiatría y Psicología Médica*, 6, 373-391.
- Fierro, A. (1984b). Dimensiones de la personalidad sana. *Revista de Psiquiatría y Psicología Médica*, 6, 373-391.
- Fierro, A. (1984c). *Técnicas de investigación de la personalidad*. Salamanca: ICE.
- Fierro, A. (1986a). Autoestima implícita: su medición y sus correlatos. *Evaluación Psicológica*, 2 (4), 73-98.
- Fierro, A. (1986b). Personality theorems and research programs focusing on self-evaluation and self-esteem. En: B. A. Maher y W. B. Maher (Eds.), *Progress in Experimental Personality Research*, vol. 14, Nueva York.
- Freud, S. (1968). Técnica psicoanalítica (artículo de 1904 a 1920). *Obras completas*, vol. II. Madrid: Biblioteca Nueva.
- Fromm, E. (1947, 1957). *Man for Himself. Ética y psicoaná-*



- lisis*. Nueva York, México: Rinehart, Fondo de Cultura Económica.
- García Madruga, J. A. y Carretero, M. (1985). La inteligencia en la vida adulta. En: M. Carretero y cols. (Eds.), *Psicología evolutiva. 3: Adolescencia, madurez y senectud*. Madrid: Alianza.
- González, M. T. (1991). *Trastornos psicológicos en sujetos con cáncer de laringe*. Universidad de Salamanca (tesis doctoral).
- Holmes, T. H. y Rahe, R. H. (1967). The Social Readjustment Rating Scale. *Journal of Psychosomatic Research*, 22, 324-331.
- Lazarus, A. A. (1981). *The Practice of Multimodal Therapy*. Nueva York: McGraw-Hill.
- Maslow, A. H. (1968, 1976). *Towards a Psychology of Being. El hombre autorrealizado*. Princeton, Barcelona: Van Nostrand, Kairós.
- Mischel, W. (1968, 1977). *Personality and Assessment. Personalidad y evaluación*. Nueva York, México: Wiley, Trillas.
- Reich, W. (1976). *Analysis of Character. Análisis del carácter*. New York, Buenos Aires: Orgone Institute Press, Paidós.
- Rogers, C. R. (1961, 1979). *On becoming a Person. El proceso de convertirse en persona*. Boston, Buenos Aires: Houghton Mifflin, Paidós.
- Smelser, N. J. y Erikson, E. H. (Eds.) (1980, 1983). *Themes of Work and Love in Adulthood. Trabajo y amor en la edad adulta*. Cambridge, Mass., Barcelona: Harvard Univ. Press, Grijalbo.